

puerta de entrada. Ya no llevo el vendaje, una pequeña tirita sobre la nuca basta para cubrir el lugar donde me alcanzó la pedrada.

Dentro de la oscura tienda, la voz imperiosa de mi padre me requiere:

—Yiza, ven, aún tienes que barrer, ¡no puedo ocuparme de todo!

Yo ni contesto. En circunstancias normales ya habría salido hecho una furia y me habría gritado o tirado de los pelos. Desde aquella noche, sin embargo, me deja hacer y deshacer a mi antojo. Solo hablamos lo indispensable.

A Lonwabo, mi hermano mayor, ni siquiera le dirijo la palabra. Jamás lo perdonaré. Él estuvo presente aquella noche. Y me da igual que al final le entrara el cague y se arrepintiese, fue él quien incitó a sus amigos. Solo con verlo me pongo enfema.

La única que me queda es *makhulu*; mi confidente, en ella puedo confiar. Sin conocer a Romeo de nada, está de nuestra parte.

Esta noche me hace compañía; está sentada aquí, a mi lado, sobre el banco cojo de madera que

hay a la entrada de la tienda de mi padre. Guarda silencio, su cabello canoso refulege plateado a la dorada luz del atardecer.

—Mira —dice, conforme el sol desaparece detrás de la casa de enfrente y sopla una fresca brisa nocturna—. Ten, esto es para ti.

Es un grueso cuaderno con tapas de hule negro sin estrenar; cada una de sus páginas está en blanco: ni una palabra, nada. Me recuerda a los cuadernos del colegio. La miro con gesto interrogativo cuando lo deposita sobre mi mano, como un tesoro.

—Para que guardes el envoltorio de chocolate —me explica con su voz profunda, mientras se enciende una pipa de caño largo y le da varias chupadas, hasta asegurarse de que ha prendido—. Y todo aquello que no quieras olvidar, me imagino que mucho...

Siempre llevo el envoltorio azul conmigo; a todas partes. Nunca me separo de él. Ni siquiera por la noche; me tranquiliza saberlo bajo la almohada. Durante el día, pliego su declaración de amor hasta que me cabe en el bolsillo trasero

del pantalón vaquero. Es el único recuerdo palpable, y por tanto real, que aún me queda de él.

Lo demás sigue dentro de mí, muy, muy adentro. Quizá sepultado.

## El accidente - *Ingozi*

Después de tantos meses de espera y de todos los nervios, el festival deportivo de nuestro *township*, sobre todo para mí, fue un desastre. Que yo recuerde, jamás había estado más fea. Es un festival anual, por lo menos en Masi (nuestro *township*), y siempre cae en lunes de Pascua que, en África, coincide con el Día de la Familia. Aquel año se celebraba inusualmente pronto, todavía era marzo.

Desde hacía semanas, las chicas del *Vuka Intombi*, nuestro club de fútbol, no pensaban en otra cosa; yo incluida. El nombre del equipo se nos ocurrió a nosotras: *Vuka* significa algo parecido a «ánimo, venga, ¡despierta!» y, en nuestro idioma, se llama *intombi* a las hijas adolescentes. El mensaje estaba claro como el agua: «¡Quinceañeras, al ataque! Vosotras podéis: jugáis al fútbol tan bien como los chicos, ¡o incluso mejor!».